



Capítulo 277 - Zafiro y Virgilio (R-18)

"Dijo que se había reforzado...", dijo Virgilio sonriendo. "¿Probamos si realmente se han reforzado los muros?", preguntó.

Zafiro rió suavemente, con una voz llena de picardía y encanto, mientras se acomodaba con naturalidad en el centro de la cama. Su cabello caía en ondas sobre sus hombros desnudos, y su mirada hipnótica no se apartó de la de Vergil ni un segundo.

"Si las paredes son débiles", dijo, tirando lentamente de las sábanas de satén con las yemas de los dedos, "entonces rompámoslas todas. Les recordará quiénes somos".

Vergil soltó una risa apagada, que resonó por la habitación. Sus ojos, tan intensos como siempre, ahora tenían un brillo feroz, como si se hubieran convertido en los de un depredador que acababa de encontrar a su presa perfecta. Se acercó a la cama, quitándose la camisa con calma; sus músculos se tensaron y definieron al caer la prenda al suelo.

Zafiro extendió la mano y lo atrajo hacia sí. "¿Quieres ponerme a prueba... o quieres destruirme?"

—Ambas —susurró, rozando la curva de su cuello con los labios, un susurro cargado de intención—. Pero disfrutarás cada segundo.





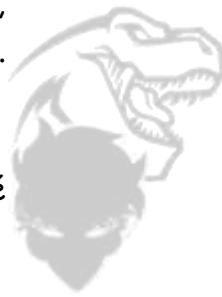
Su tacto era firme pero delicado: una mezcla controlada de fuerza y cariño. La besó de nuevo, más despacio esta vez, como saboreando el momento, provocándola con cada gesto, cada caricia. Zafiro arqueó su cuerpo contra él, como si desafiara la gravedad misma para separarlos.

La suave luz de la habitación se reflejaba en las paredes, y sus respiraciones se mezclaban en el silencio entre besos y caricias. Cada gesto era un juego: un duelo silencioso de placer y provocación, donde ambos sabían exactamente dónde presionar, dónde morder, dónde susurrar.

—Me vas a volver loca, Vergil —dijo ella jadeando y con una sonrisa ebria de deseo.

Rozó sus labios con los de ella. «Esa siempre fue la idea», murmuró Vergil, con la mirada llena de promesa y peligro. Pero entonces, de repente, se apartó.

Zafiro parpadeó sorprendida al sentir que su calor se retiraba. "¿Qué haces?", preguntó en voz baja y llena de expectación.



"Poniendo a prueba tus límites", respondió Vergil con una sonrisa insolente, levantándose de la cama con tranquilidad, como si nada. Se dirigió a un pequeño bar en un rincón de la habitación y se sirvió una bebida dorada e intensa como fuego líquido.

Zafiro lo observaba como un felino al acecho; sus ojos ardían de frustración y deseo, su cuerpo aún anhelaba su toque. "No vas a huir de mí ahora..."

Vergil levantó su copa en un brindis provocador. «La anticipación es un arma poderosa, mi reina».

Fue entonces cuando ella actuó.



Con un movimiento fluido y furioso, Zafiro levantó las piernas de la cama, se impulsó hacia adelante y le lanzó una patada directa al pecho. Vergil, sorprendido, fue lanzado contra la pared con un golpe sordo; el cristal se hizo añicos contra el suelo y las salpicaduras doradas se mezclaron con el tenso silencio de la habitación.

"¿Crees que puedes provocarme y marcharte?", dijo ella, jadeando, con los ojos encendidos de lujuria y furia. Se abalanzó sobre él como una tormenta, con el pelo ondeando como serpientes vivas.

Antes de que Vergil pudiera reaccionar, Zafiro lo agarró por el cuello de la camisa, apretándolo con fuerza. Sus uñas se clavaron en la tela mientras su boca se abalanzaba sobre su cuello con besos hambrientos, marcando la piel con deseo y furia.

—No me vas a hacer esperar —susurró entre suaves besos y mordiscos, con la respiración descontrolada.

Con un gesto rápido, Zafiro le arrancó la camisa; el sonido de la tela al romperse llenó la habitación como una promesa. Sus manos recorrieron el pecho de Vergil con reverencia y posesividad, como si fuera algo que le perteneciera, y solo a ella.

Vergil jadeó, atrapado entre el dolor del choque y la intensidad de su toque. Pero no se resistió. Dejó que lo dominara, al menos por ahora, curioso por ver hasta dónde llegaría.

"Me provocas, me desestabilizas y luego te alejas como si tuvieras el control", murmuró contra su pecho. "Pero yo soy Zafiro. Quemo todo a mi alrededor. Incluyéndote a ti".





Le mordió el hombro suavemente, dejándole una marca rojiza, y luego lo empujó contra la pared con su cuerpo, como si quisiera fundirlos allí mismo. Su boca exploró su cuello, mandíbula y hombros con un deseo que rozaba lo salvaje.

Vergil rió, entre placer y asombro. "Eres peligroso."

—Soy tu reina —respondió ella jadeando—. Y hoy... te arrodillarás ante mí.

Sus respiraciones eran entrecortadas. El aire en la habitación parecía electrizante, denso como una tormenta a punto de estallar. La tensión entre ambos ya no era solo física: era algo primitivo, salvaje, como si dos dioses se enfrentaran en un duelo de deseo y dominación.

Zafiro rodeó la cintura de Vergil con sus piernas con un movimiento fluido, como si su cuerpo hubiera sido moldeado para ese momento. Sus brazos rodearon su cuello y sus ojos ardían como brasas. Lo cabalgó con confianza, dominio y ansia, como una reina que finalmente toma lo que le pertenece.



Vergil la sujetó firmemente por los muslos, presionando con fuerza controlada con los dedos, y de un solo golpe giró el cuerpo, estrellándola contra la pared. El impacto agrietó el yeso, abriéndose una fisura como un susurro de destrucción. El sonido seco resonó por la habitación, y la pared crujió bajo la fuerza de sus cuerpos.

Zafiro dejó escapar un gemido ronco, casi una risa de placer y alivio. «Vergil... No tienes idea de cuánto tiempo he esperado esto...», jadeó contra sus labios, con los ojos cerrados, arqueando su cuerpo en perfecta armonía con el de él.

Gruñó suavemente, hundiendo la cara en su cuello y mordiéndola suavemente. "Dilo", murmuró, "quiero oírlo de ti".



He estado esperando esto desde el maldito momento en que dijiste que me entendías... desde el momento en que me miraste así, como si de verdad me vieras. No como la hija de alguien... ni como una líder... sino como una mujer. —Le arañó la espalda con las uñas, dejando visibles marcas rojas mientras jadeaba—. Me negaba a admitirlo... pero lo deseaba. Te deseaba... rompiendo todo a mi alrededor, hasta que solo quedáramos nosotras dos.

El calor de sus palabras enardeció aún más a Vergil, quien la apretó con fuerza contra la pared, con los músculos temblorosos, mientras la habitación comenzaba a desmoronarse en diminutos detalles. Un espejo se quebró a lo lejos, los marcos vibraron contra las paredes. La cama detrás de ellos cedió con un crujido metálico, como protestando por la intensidad del encuentro.

—Siempre has sido fuego, Zafiro —dijo Vergil con una sonrisa torcida, cargada de orgullo—. Y yo... soy la tormenta que llegó demasiado tarde.

"No. Llegaste justo cuando estaba a punto de prenderle fuego al mundo."

Ella lo rodeó con las piernas aún más fuerte, sintiendo un hormigueo en la piel, su cuerpo exigiendo más, deseándolo todo, ya. Y entonces volvió a reír, salvaje y libremente, como si cada segundo de espera hubiera valido la pena.

Vergil emitió un gruñido gutural al sentir la cálida humedad que le bajaba por la cintura. El cuerpo de Sapphire se rindió por completo, suplicándole sin decir palabra. Sus ojos se encontraron con los de ella —intensos, dilatados, salvajes— y, con un movimiento fluido y firme, la levantó con facilidad, presionándola con fuerza controlada contra la pared.

Con una mano, la sujetó con absoluto dominio; con la otra, se agachó con impaciencia hasta el botón de sus pantalones, desabrochándolo con un chasquido apresurado. El sonido de la prisa, del deseo puro, llenó el aire.



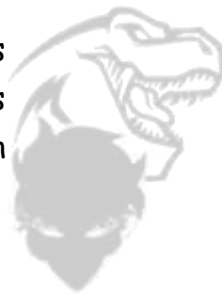


Zafiro dejó escapar un grito ahogado al sentir sus dedos jugueteando con el borde de sus bragas, ahora completamente empapadas. El breve contacto la hizo estremecer, no solo de deseo, sino de pura anticipación. Atrajo su rostro hacia el suyo, con los ojos brillantes como si estuviera al borde de un abismo al que ansiaba lanzarse.

—¿De verdad quieres ponerme a prueba? —susurró con voz ronca y desafiante—. Porque no me contendré. Voy a darte todo, Vergil... todo lo que mereces, y más.

La sonrisa de Vergil era casi cruel en su promesa. Sus ojos brillaban de lujuria y algo más oscuro: hambre. "Bien", dijo, con la voz cargada de tensión. "Porque voy a arrancarte hasta la última chispa. Y al final, suplicarás por más".

Con un tirón rápido y decidido, liberó su cuerpo de las últimas prendas; las telas volaron por la habitación como fragmentos de control destruidos. Sus labios chocaron en un beso feroz y urgente, como si se devoraran vivos, y sin embargo, era demasiado poco.



Su erección ya palpitaba, presionando contra su entrada, ardiente y desesperada. Sapphire se arqueó, envolviendo sus piernas alrededor de sus caderas como cadenas de deseo. Sus dedos se clavaron en el cabello de Vergil, tirando con fuerza mientras guiaba sus caderas hasta el encaje perfecto.

Y entonces, con un único y profundo y brutal empujón, Vergil la llenó por completo.

El grito de placer de Zafiro resonó por la habitación como un trueno. Las paredes temblaron.



Ella envolvió sus piernas fuertemente alrededor de su cintura mientras su cuerpo se amoldaba al de él con una perfección absurda, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

"Eso es... joder... así..." jadeó, con la voz temblorosa, entre el placer y el alivio.
"No pares... no te atrevas a parar..."

Vergil gruñó contra su cuello, moviendo su cuerpo con fuerza y precisión. Cada embestida hacía crujir la pared tras ellos. Un marco de fotos cayó al suelo con un golpe sordo, partiéndose por la mitad. Las grietas se extendieron como raíces, como si el mundo intentara resistir la colisión de dos fuerzas que nunca debieron unirse, pero que ahora eran inevitables.

—Querías esto, ¿verdad? —murmuró, con la voz ronca contra su piel—. Toda esta espera... todo este fuego. Y ahora vas a arder conmigo.

Se rió entre gemidos, poniendo los ojos en blanco. "Lo deseaba. Lo he esperado... cada maldita noche cuando pasabas junto a mí y fingías no sentir lo mismo. Ahora es demasiado tarde para echarse atrás."



Vergil la empujó aún más fuerte contra la pared, con las caderas golpeando con fuerza, desprendiendo fragmentos de yeso. Y Zafiro, en lugar de intimidarse, le clavó las uñas en la espalda y susurró con saña:

"Entonces destrúyeme, rey de mi perdición." Las palabras de Zafiro fueron el detonante.

Vergil respondió con un impulso aún más violento, y la pared tras ellos se quebró con un sonido hueco, como si acabara de ser golpeada por un ariete. El yeso se quebró, saltaron astillas. Pero no se detuvieron. No pudieron detenerse.



Zafiro gritó de placer, con la voz ronca, descontrolada, como si cada embestida de las caderas de Vergil le arrancara un trocito de cordura, sustituyéndolo por un éxtasis puro e irracional. Lo abrazó con más fuerza, como las garras de un depredador que no soltaba a su presa ni un segundo.

Vergil gruñó, con los músculos de los brazos y la espalda contrayéndose, y la piel cubierta de una ligera capa de sudor. Con un giro preciso, la volteó boca arriba sobre la cama, arrojándola con brutalidad contenida. El impacto fue tan fuerte que el marco de la cama se rompió con un crujido seco.

La madera se rompió. Se salieron los tornillos. El colchón se hundió de forma irregular.

Zafiro se rió, completamente entregada al caos, su cabello extendiéndose como llamas sobre las sábanas arrugadas. "Destruyelo todo", jadeó, atrayéndolo hacia sí. "Fóllame hasta que el mundo se derrumbe a nuestro alrededor".



La levantó de nuevo y ella se acomodó de nuevo en él como si su cuerpo ya fuera una extensión del suyo. Zafiro se apretó contra él, abrazando su torso con brazos y piernas, montándolo con ferocidad mientras se movía con embestidas precisas y desesperadas, como si buscara tocar el cielo —o el infierno— con cada movimiento.

Vergil la sujetaba firmemente por los muslos; la fuerza de sus manos era suficiente para dejar marcas. Cada vez que ella se abalanzaba sobre él, una nueva ola de destrucción se extendía por la habitación.

Una lámpara fue arrojada contra la pared mientras caían de lado por un segundo. La luz se apagó en un instante y aparecieron chispas.

La cabecera crujió y se cayó.



La estantería de la esquina se volcó con el impacto del cuerpo de Vergil contra la pared, que se presionó aún más fuerte. Libros y botellas cayeron como lluvia a su alrededor. Los cristales se rompieron. La alfombra quedó empapada de bebidas derramadas.

Pero no se detuvieron.

Vergil se abalanzó sobre ella con furia contenida, como si intentara dominarla, pero Zafiro lo cabalgó con igual voracidad, respondiendo con gemidos roncoss y risas desenfrenadas. «La cama... la pared... vas a arruinarlo todo, ¿verdad?», jadeó, con los ojos encendidos de lujuria salvaje.

"Todo lo que no eres tú", respondió, agarrándola por la nuca y atrayéndola hacia un beso tan feroz que hizo que la sangre goteara ligeramente de uno de sus labios, solo para ser lamida después.

Echó la cabeza hacia atrás, rodando con más fuerza, y las ventanas se sacudieron con el impacto de una última embestida. Una de ellas se quebró. El espejo del armario se hizo añicos en finos fragmentos como redes de cristal, reflejándolos a ambos como divinidades en guerra: cuerpos apretados, jadeando, danzando entre besos, sudor, mordiscos y fuerza bruta.

Vergil la abrazó con más fuerza y la empujó contra la pared opuesta, que ahora también se agrietaba. Ella lo agarró por los hombros y gimió con fuerza, poniendo los ojos en blanco. "Eso es... todo... con lo que soñaba cada noche. Quería que me follaras como un huracán. Como si yo fuera tu única razón de existir."

Le clavó los dientes en el hombro con un cariño salvaje. "Lo eres."

Otro violento empujón. El techo se estremeció. Cayó polvo.



La habitación, ahora un campo de batalla de placer y destrucción, fue testigo de dos entidades que no solo estaban teniendo sexo.

Se estaban consumiendo vivos el uno al otro.

